VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Amar a alguien afectado por la adicción puede hacer que el sacrificio resulte ser algo conocido. Perdemos el sueño, reorganizamos planes, asumimos las consecuencias y seguimos esperando que nuestros esfuerzos sean de ayuda. Sin embargo, el Evangelio del domingo nos pide separar la cruz que Cristo nos da de las cargas que nunca debimos llevar. Cuando Jesús menciona que se acerca el sufrimiento, muerte y resurrección, Pedro se lleva a Jesús aparte y se opone a lo que pasará. (Mateo 16:21–27). Quiere la promesa de salvación sin el doloroso camino que lleva a ella. Nosotros también queremos sanación, paz y relaciones restauradas, quizás poniendo resistencia a algunos de los cambios que requiere la recuperación familiar.

Jesús responde diciéndoles a los discípulos: *"El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga"* (Mateo 16:24). Estas palabras deben entenderse con cuidado. Tomar nuestra cruz no significa tolerar el abuso, aceptar el caos sin límites, ni cargar con responsabilidades que le pertenecen a otra persona. No exige que salvemos a un ser querido de cada consecuencia ocasionada. La cruz que Cristo nos da nunca significa permitir que otra persona nos maltrate.

Para familiares y amigos, la cruz en la recuperación suele implicar soltar el control. Puede ser que tengamos que dejar de vigilar cada movimiento de otra persona, de repetir consejos que ya han sido rechazados, de esconder las consecuencias o de organizar nuestras vidas previendo la crisis siguiente. Puede ser que tengamos que poner un límite que decepcione a alguien a quien queremos, alejarnos de una discusión o dejar que otra persona viva las consecuencias de sus decisiones. Estas acciones pueden parecer difíciles cuando confundimos el amor con el rescate.

Como Pedro, podemos desear la resurrección sin renuncia. Queremos que nuestro ser querido se recupere, sin cambiar los patrones que se han formado en nosotros. Queremos paz, al tiempo que seguimos controlando, gestionando, dando lecciones o funcionando en exceso. Puede ser que queramos que la confianza se restaure antes de que pase el debido tiempo y existan las acciones constantes por las cuales sea razonable volver a confiar. La recuperación familiar nos pide aceptar que nuestra sanación también tiene un costo.

En la Segunda Lectura de este domingo, San Pablo ofrece una manera práctica de hacer esa rendición. Él motiva a que *"se ofrezcan ustedes mismos como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios"* y que *"dejen que una nueva manera de pensar los transforme internamente"* (Romanos 12:1–2). Ofrecemos a Dios nuestra atención, reacciones, agendas, conversaciones y expectativas. Le permitimos que cambie la creencia de que todo depende de nosotros. El Paso Tres se vuelve real cuando ponemos tanto a nuestro ser querido como a nosotros mismos bajo el cuidado de Dios.

La Primera Lectura reconoce lo difícil que puede llegar a ser la fidelidad. Jeremías se cansa porque el decir la verdad le ha traído burla y dolor. Sin embargo, la palabra de Dios permanece *"como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos"* (Jeremías 20:9). Una vez que hemos empezado a ver con claridad a la adicción y a la disfunción familiar, regresar con comodidad a la negación se convierte en algo difícil de hacer. Puede ser que echemos de menos la calma temporal que surgía de evitar el conflicto, pero también conocemos el costo del silencio, la permisión y el abandono de uno mismo.

Tomar nuestra cruz puede significar elegir la honestidad por encima de las apariencias, los límites sobre el resentimiento y la oración por encima de la obsesión. Puede suponer lamentar lo que no podemos cambiar, pero manteniéndonos abiertos a lo que Dios puede restaurar. No tenemos que volvernos fríos ni desvincularnos del amor. Estamos aprendiendo a amar sin intentar convertirnos en la salvación de otra persona.

La cruz no es evidencia de que la recuperación familiar haya fracasado. Puede ser el lugar en el cual el miedo, el control y la responsabilidad poco sana, empiecen a perder su control. Cristo permanece con nosotros mientras soltamos las cargas que nunca fueron nuestras y aceptamos las responsabilidades que sí lo son. Seguirle nos puede costar algo, pero perdernos en la adicción de otra persona cuesta mucho más. En Sus manos, la entrega se convierte en un camino hacia la paz, la claridad y una forma más libre de amar.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué carga relacionada con la adicción de otra persona has estado llevando como si te perteneciera?
- ¿En qué aspectos has confundido amar a alguien con rescatarle, vigilarlo o protegerlo de las consecuencias?
- ¿Qué límite o acto de renuncia podría ayudarte a amar con mayor libertad y de manera más verdadera?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Jeremías 20:7-9
SAL. RESP. Salmo 63:2, 3-4, 5-6, 8-9
SEGUNDA LECTURA Romanos 12:1-2
EVANGELIO Mateo 16:21-27

© Catholic in Recovery, *reflexiones de la reunión del domingo 30/8/26*